

Soul app.

Robert Johnson

“El sueño ha quedado atrás, ahora, las almas dejarán de ser invisibles a los ojos de los humanos. Aquella facultad exclusiva de los caninos estará al alcance de cualquiera con Soul app...”

Estas fueron las líneas iniciales en el correo del Dr. Oscar Arenas Zapatero, con las cuales daba aviso a la comunidad científica de su más reciente hallazgo en programación de aplicaciones para smartphone. En efecto, tal avance era real. Aunque podría parecer una chorrada o una simple aplicación para diversión de adolescentes, lo cierto es que había logrado lo imposible: dar forma a las entidades sin materia que nos rodean a diario.

La idea nació un jueves 20 de abril de 1989. Aquel día regresaba de la Facultad. Caminando ensimismado, hasta que el sonido hueco de la lámina abatiendo un cuerpo, lo hizo salir de sus propios pensamientos: había una joven en el suelo, atropellada por un auto. Encontró una beta de sangre que marcaba el camino hasta el rostro de la joven; sufría el último estertor, sus piernas se estiraron como intentando alcanzar la vida, pero ya era inútil. Dos libretas enmarcaban su cráneo formando un triángulo. Las cuentas de la pulsera rodaban por el suelo buscando el hilo que antes les daba forma y sentido... esto podría ser nada, pero, sus ojos. Esos ojos que no se habían cerrado y lo veían a él. Eso cambió todo.

Sin saberlo, aquella imagen formaría parte de su galería mental para siempre, por el momento parecía ajeno a la desgracia. No fue así, diez minutos después en la fila del autobús, un dolor abdominal lo invadió doblando sus piernas. El desmayo era inminente. Hiperventilando cayó

al suelo, perdió el conocimiento. Al regresar, la tristeza lo había invadido y con ella una pregunta ¿qué pena les espera a los padres de aquella joven?

—Si existiera una interfaz que nos posibilitara la comunicación con los muertos, nos podríamos despedir y saber que ellos están bien donde quiera que se encuentren— lo dijo tirado en el suelo, rodeado de las personas que lo auxiliaron.

El único aparato al que tuvo acceso fue un dispositivo analógico, alfanumérico e ideográfico de construcción rudimentaria 75% celulosa y 25% lignina, aproximadamente. En el mejor de los casos pirograbado o con serigrafía a una tinta y por mouse algo parecido a un triángulo con un círculo al centro que sirve de cuenta hilos. Otro modelo de uso común es aquel de diseño casero, donde, los símbolos ideográficos (wifi) y el código alfanumérico están dibujados una hoja de papel bond, el mouse es un lápiz “Berol” del número 2. Dicho artefacto es conocido en el argot popular como *ouija*. A pesar de la buena fama con que cuenta, la ouija no es eficiente en su funcionamiento, en palabras del mismo Oscar:

Sólo responde a preguntas básicas que puedan tener respuesta dentro de un código binario, es decir, en un sí o un no. Si se hacen preguntas más complejas la compilación de datos es lenta y polisémica, pues, dicho dispositivo carece de puntuación y acentuación, entonces, en la práctica no se puede asegurar que el espíritu “*está entre nosotros*” o “*esta entre nosotros*” y en el último caso se podría entender algún tipo de charla vulgar que genera problemas. Pero esto no es ni remotamente lo peor, para nada, la red de la ouija puede ser hackeada fácilmente, al ser una red abierta cualquier espíritu podría apoderarse del dispositivo y hacerse pasar por quien no es.

Por todo lo anterior aquella idea se quedó guardada en libretas y en un rincón de su corteza prefrontal, junto con el recuerdo de la chica muerta. Con el cambio de siglo sus habilidades de programador avanzaron al igual que la tecnología. De nueva cuenta se encontraba frente a sus apuntes de juventud, indagando en pleno 2021, tras la muerte de Beatriz, su mujer, víctima de covid-19.

Beatriz, murió conectada a la mascarilla de oxígeno: intentando jalar el aire que sus pulmones ya no obtenían, sus ojos abiertos no se pudieron cerrar. Oscar pensó que aquello era una señal, un llamado a concluir la tarea pendiente. Esta vez contaba con tecnología inimaginable en su juventud, el desarrollo de aplicaciones vive su mejor momento, en eso confiaba. El mundo de lo paranormal es cada vez más común y accesible a cualquier persona gracias a varias apps.

—La comunicación está medianamente resuelta con el invento de Frank Sumption el “*spirit vox*”— se decía así mismo, rumiando palabras y gestos.

En milésimas de segundos el *spirit vox*, barre diferentes frecuencias creando ruido blanco en el cual se pueden diferenciar voces humanas y de a poco ir armando una conversación. Para el Dr. Oscar, esto no era suficiente, quería ver a su mujer no sólo oírlo. La radiofrecuencia era el principio, tendría que descubrir la frecuencia en que los espíritus se mueven.

“Y si llega con paso taciturno

la muerte, con mi aullido lastimero

también te avisaré... ¡Descansa y duerme!”

—Othón tenía razón ¡lo he descubierto! Ahora todo tiene sentido— gritaba por su estudio aquella tarde de primavera —los espíritus son ondas de sonido imperceptibles al oído

humano, menos de 20 hertz, de ahí la conexión estrecha con los perros—. Los perros, gritaba por toda la casa, siempre fueron ellos la respuesta, ¡pinches perros! Concluyó.

—Seis de junio, dos mil veintiunos. Día cero, primera prueba de *Soul app*— lo dijo para crear un registro ante la cámara de su Tablet.

Encerrado en su alcoba encendió la aplicación, era una interfaz amigable con el público. De fondo: un pentagrama invertido que contenía la cabeza de un macho cabrío, esto, sólo para crear ambiente e intensificar la experiencia de usuario. No era una idea novedosa, más bien podría parecer común y repetida, pero, si funcionaba con el tablero ouija... aquí también tenía que funcionar. El alto contraste entre el fondo negro y el pentagrama blanco, rematado en lo alto con el nombre *Soul app*, en azul metálico. Aquello tenía más pinta de una portada de disco de black metal que una aplicación para ver a los muertos. Oscar, deseaba transmitir la sensación de peligro que experimentó la primera vez que tuvo en sus manos el tablero ouija. Instaló audio al inicio de la aplicación *crazy train* de Ozzy Osbourne fue el soundtrack elegido. De tal manera que al iniciarla se podía oír la voz de Ozzy gritando — “*All aboard hahahahaha*”. El menú era sencillo y práctico: 1-hablar con los espíritus. 2- ver a los espíritus. 3- conectar con un espíritu en específico. 4- salir.

Haciendo click en el número uno, pues nadie había muerto en la habitación más que Beatriz, dio inicio la conexión con el mundo de los muertos. El silencio reinó, una brisa circuló por la habitación aun con la ventana y puerta cerrada, su piel se puso china. Preguntó si era ella quien estaba allí, la respuesta tardo, pero llego acompañada de un “*sí, Oscar aquí estoy*”. El llanto se apodero de su garganta, tardo unos minutos en recuperarse e ir al siguiente nivel de *Soul app*: 2- ver a los espíritus. Dirigiendo la cámara frontal por la habitación encontró a Beatriz, en un rincón junto a la puerta de entrada: en cuclillas y desnuda, cubriendo su pecho

y escondiendo el rostro. No daba crédito a lo que sus ojos veían. Tenía la idea de encontrarla con el vestido azul con el que fue enterrada, pero, no fue así. En lugar de ropas su piel desnuda. Presentaba leves signos de descomposición, moretones que se extendían por sus extremidades supurando un líquido amarillento. Sin dejar el smartphone estiro la mano para ayudarla a levantarse, ella se replegó contra el muro como si pudiera tocarla, pero no, no era posible.

—Te podrías levantar Beatriz— dijo Oscar sin recoger su mano, ella movió su cabeza sin dejar la posición fetal que sostenía —. Anda, que quiero verte. Hace tanto que quiero verte, mujer, no seas así conmigo.

Siguió con la suplica sin encontrar la respuesta que él deseaba. Así pasaron semanas, encontraba a Beatriz por cualquier rincón de la casa, pero nunca de frente. Tal parecía que ella lo evitaba. Oscar, se echó a la calle con la aplicación encendida y en cuestión de segundos el horror lo invadió. La calle estaba llena de espíritus. Pasaban al lado de él, sin prestar atención, sabiéndose ignorados. Caminaban dejando una estela de pus en el aire, visible sólo con *Soul app*, tal parecía que se iban desintegrando en el viento. No caminó más de una cuadra, regresó corriendo a su casa y echó a llorar. La aplicación seguía abierta y en ella la voz de Beatriz: —¿Qué esperabas encontrar Oscar? Esa manía tuya de no dejar las cosas por la paz— le reprochaba ella —. En lugar de guardarme luto, te metiste en tus asuntos y hasta no conseguirlo no te diste por bien servido. Así eres tú.

Le insistía con cierto grado de amargura. Oscar no dijo nada, no tenía nada que decir, el llanto lo hizo dormir hasta el día siguiente. Domingo veintisiete de junio se cumplían veintiún días de la prueba *Soul app*, Oscar buscó a Beatriz, como todos los días. La encontró en el baño

mirando la regadera, sin voltear le pidió abriera el agua fría. Las gotas cayeron al suelo sin poder tocar el cuerpo de ella.

—Beatriz ¿por qué no dejas que vea tu rostro? —preguntó con tristeza y hartazgo.

—No soy lo que esperas ver— contestó ella —. No existen los fantasmas, espíritus o almas como tú lo crees. Somos energía contenida en un espacio específico, una huella del último momento de vida, la energía liberada en el último estertor. Atrapada en esta casa para siempre, sin poder sentir el aire, la lluvia o el sol. Mi cara es el vestigio de la angustia de no poder respirar... ¿aún quieres ver mi rostro? —. Lo dijo mientras giraba su torso, los ojos de Oscar, estaban atentos a la pantalla del smartphone, sin parpadear vio el rostro de su mujer. El terror se apoderó de su cuerpo liberando todo esfínter, entonces, un olor fétido lleno el baño donde los dos se encontraban.

“El sueño ha quedado atrás, ahora, las almas dejarán de ser invisibles a los ojos de los humanos. Aquella facultad exclusiva de los caninos estará al alcance de cualquiera con Soul app. Pero, colegas, tal facultad tiene un precio, tan alto como el secreto de la eterna juventud. Y no estoy hablando de dinero, pues, he lanzado la aplicación de manera gratuita. Cualquier persona puede acceder a ella a cambio de... el intercambio lo tendrán que descubrir ustedes.”

28 de junio 2021.

Dr. Oscar Arenas Zapatero.